

mino de la inmortalidad, y el contar sus virtudes el de la salvacion. No dejéis de servirla, porque el servicio á esta Reina equivale á reinar, y el ser su esclavo es ser rey (*D. Anselmus*, lib. *De Exalt. Virg.*, cap. xix); pero sobre todo, conociendo esas virtudes, haced por imitarlas, siendo semejantes á vuestra Madre en la tierra, para que un dia tengais la dicha de verla, y alabar con Ella á su Hijo por sus misericordias infinitas en el cielo. Así sea.

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

FIESTA DE LA PRESENTACION DE MARÍA SANTÍSIMA

EN EL TEMPLO.

En dilectus meus loquitur mihi; surge, prospera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.

Mi amado me dice: levántate, date prisa, amigamia, paloma mia, hermosa mia, y ven.

(CANT. CANT.)

¡Qué dulce es el amor del espíritu divino para con las almas! ¡Qué suaves son sus voces! ¡Cómo expresen la nobleza de los sentimientos! ¡Cómo encantan á quien les da entrada en su corazon! ¡Con qué figuras tan patéticas se presenta para admirar, convencer y cautivar! Tan pronto es un amigo que llama á la puerta manifestando que las tinieblas de la noche le han sobrecogido, que el rocío ha empapado su hermosa cabellera, que tiene necesidad de descanso; tan pronto deja oír su voz sonora y armoniosa, para excitar en el alma el deseo de ver su rostro amable, hasta obligar á su amada á dejar el lecho, á salir entre los pavores nocturnos, á recorrer plazas y calles, á seguir á su amado que huye como el cervato de las selvas delante del cazador, pero de tal modo, que enciende más y más en el corazon el deseo de encontrarlo; aquí es un padre tierno que no tiene otro deseo que el abrazar á su hijo; allí es un compañero que se brinda á asistirnos en cada instante, á conducirnos á hermosos vergeles, donde nos deleite la aroma de las azucenas, y sean nuestro pasto

alimenticio las hermosas manzanas y las fragantes granadas. Otras veces son sus voces más atractivas, son sus llamamientos más tiernos, y sus acentos derriten el alma de tal modo, que ésta perecería si no se arrojase del todo en los brazos de su amado; levántate, la dice; date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; nuestro suelo está matizado de mil flores, nuestro ambiente no respira sino perfumes, una primavera eterna da vida á cuanto nos rodea, la amable tortolita deleita nuestros oídos con sus suaves ecos; no te detengas, date prisa: *Surge, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

Responder al primer llamamiento de esta voz divina, es el principio de toda nuestra dicha; permitir por nuestra tibieza que el divino esposo se vea obligado á reiterar sus insinuaciones, puede sernos perjudicial; cerrar los oídos á los amorosos ecos, es sin duda arrojarse en la sima de la perdición; porque, ¡ah! el espíritu divino no quiere violentar á nadie; si alguna alma le ha de dar la mano, ha de ser porque ella se enamora libremente de aquella bondad, de aquella belleza infinita que se le insinúa entre mil figuras, que se manifiesta entre dulces apariencias, que se declara entre mil favores; entónces Dios la descubre un solo rayo de su belleza, y esta alma queda extasiada; la hace entrever uno solo de sus cariños, y esto basta para que no sepa amar sino á su Dios, siguiéndole á todas partes como el corderito á su madre, sea entre las amenidades de los consuelos, sea entre las arideces de los trabajos.

Cuáles sean estos deliquios, cuáles estos favores, no podré decirlo, si me atengo á mí mismo, y de ello sólo podré culpar á mi corazón demasiado frío en el amor divino. Pero voy á ensayar de manifestarlo por lo que sabemos de María; el Esposo divino la llamó desde el primer momento de su existencia, pero sus ecos no resonaron en un corazón ingrato; apenas pasó esta criatura

los días de su lactancia, se separó de los objetos más caros á su corazón, se encerró en la soledad, para darse sin reserva al Dios que la llamara. ¿Quién conduce á María al templo Santo? ¿Quién la inspira la renuncia y separación de sus padres? El amor. ¡Ay! el amor divino. Voy, pues, á presentaros el admirable cuadro de un alma enamorada de Dios; el objeto es demasiado sagrado para que surjan en vuestros espíritus otras ideas que las inspiradas por la Religión; la infancia de María va á ser hoy una escuela donde aprendamos todos á no ser ingratos á un Dios que nos ama; á no ser crueles para con nosotros despreciando su amor, en que estriba nuestra dicha.

Niña augusta, depositaria del candor y de la pureza; al hablar de tus acciones, más parte tiene mi corazón que mi entendimiento en lo que digo, porque ¿quién podrá comprender lo que Tú eres en tu dignidad y en tus virtudes? ¡Oh, no me levantaré de tus sagradas plantas hasta no sentir en mí aquel fuego que abrasa los corazones, y aquella luz que ilustra las almas! A este fin se dirigen las palabras con que te saludo.

AVE MARÍA.

El amor que tenemos á Dios los hombres, aquel sobre todo de que están abrasados los justos, ha ido tomando cuerpo sucesivamente, de modo que trasforma el alma, la engrandece y la fortifica, siguiendo en el orden moral el mismo sistema que se advierte en el orden físico, en los seres que, salidos de las manos de Dios con todas las perfecciones genéricas, van gradualmente desarrollando estas mismas perfecciones en el individuo. Esta verdad es palpable, y está en completa analogía con las operaciones del alma racional. ¿Por cuántos y cuán diferentes estados no pasa ésta ántes de llegar al estado perfecto de racionalidad

práctica? ¿Qué variaciones no sufre hasta poseer una ciencia profunda y una sabiduría consumada? Cuando el soplo divino entra en el cuerpecito humano recién formado, es el alma, á no dudarlo, un ser perfecto en todas sus potencias, y encierra en sí el gérmen de mil grandezas; más tarde ha de recibir este espíritu tanta expansión, que ha de examinar todos los principios, ha de crear sistemas, ha de viajar por el firmamento, ha de penetrar en el tenebroso caos del abismo, ha de querer rivalizar con los ángeles, y ha de intentar acaso fijar una mirada perspicaz y detenida en el mismo Sér increado; pero entre tanto tiene que permanecer siete meses entre las sombras de un sepulcro animado, sin sensibilidad, sin movimiento y sin acción; después sufrirá todo el idiotismo de la infancia, y como esos cuerpos aéreos siempre móviles, irá atravesando la puericia, entrará en los atollamientos de la mocedad, se le abrirá el vasto teatro del mundo en su juventud, siempre agitada, siempre combatida; tan pronto militando en el campo de la mentira, tan pronto en el del error; aquí viendo un horizonte bello, allí una atmósfera oscura; hasta que, enseñada por los años, se fija con solidez, discurre con criterio, medita con detención, obra con peso y madurez, poniendo en acción noble todos aquellos grandes resortes intelectuales que recibiera al ser criada, pero que no pudieron desplegarse con perfección sino con la sucesión del tiempo. Ningun hombre grande, ningun sabio, ningun héroe ha tenido otra carrera.

Por los mismos trámites entra el alma en el camino del amor divino; porque, no lo dudemos, así como en el orden físico toda la grandeza de nuestro entendimiento se cifra en la adquisición de las ciencias, y la de nuestra voluntad en amar lo bello, lo grande, lo sublime, en el orden moral todo el grandor del alma está encerrado en amar á Dios, no sólo como criador de cuanto existe, no

sólo como al fin de nuestra dicha, sino mucho más: como al Sér perfectísimo que encierra esencialmente la bondad, la justicia, la santidad y todos los atributos cuya contemplación arrastran al alma, la enamoran y la extasían. Mas ¿de qué modo se realiza en el alma este enamoramiento y estos éxtasis? Sellada desde su primer albor con el conocimiento de Dios, entra en el vasto teatro de este mundo; en sus primeros años apenas comprende ni su propia existencia; levanta sus miradas al firmamento, y ni advierte la armonía de los cielos, ni examina sus movimientos, ni conoce las causas de la luz del día y de las tinieblas nocturnas; las flores le encantan con sus aromas y colores, las avecillas le distraen, los monstruos le aterrorizan, las tinieblas le llenan de pavorosas ideas, la naturaleza toda es para el alma por entonces un objeto quizá delicioso, quizá indiferente, pero que no suscita ninguna idea filosófica ni instructiva; tal es el estado del alma en sus primeros años, estado de ignorancia, que predica de un modo asombroso la existencia de una gran herida causada por el pecado. Pero ¡dejad que el tiempo obre, que se desarrollen los órganos sensitivos, que llegue el hombre á una edad conveniente, y entonces no elevará el hombre sus ojos al cielo sin advertir que le está anunciando la gloria de Dios, y convenciéndose de que sus astros son obra de la mano divina, no se detendrá en los objetos terrestres sin preguntar á la naturaleza, para que le instruya! Entonces, arrobado entre tanta belleza criada, se dirá á sí mismo: «Si tan hermoso es el cielo y la tierra, ¿cuánta no será la hermosura del que los crió? Si tantos goces y encantos causan á mi espíritu las flores, las plantas, los frutos, ¿cuánta dicha no me espera en la contemplación de una belleza tanto más lisonjera para mí, cuanto mayor analogía tiene con la espiritualidad de mi alma?» Deseoso de adquirir, ansioso por poseer, y no encontrando en lo vi-

sible objetos que llenen completamente su corazón, necesariamente ha de suspirar por la posesión de un bien que no se puede ver, pero que se palpa en cierto modo en cuanto rodea al hombre; pero la belleza de las criaturas es un retrato de la del Criador: las riquezas de la tierra, el imperfecto trasunto de las del cielo, y cuanto existe animado ó inanimado, como afirma el Sabio, es la más convincente prueba de la existencia de la Divinidad. ¿No es este el medio por donde llegan los hombres al amor divino? Sí; Dios nos enseña una parte de su hermosura, para que tengamos las demás en lo que ellas merecen; Dios nos revela su felicidad como objeto de nuestra adquisición, para que no nos creamos dichosos sino en Él, y de aquí es que el hombre, que naturalmente es egoísta y quiere poseer lo que más le encanta, lo que le llena más cumplidamente, desea naturalmente poseer á Dios. «De aquí es, dice San Agustín, que, sin violentar la voluntad humana, Dios, insinuándose en el entendimiento del hombre, excita en él grandes ideas, lo lleva tras de sí, lo enamora de sus bellezas, lo cautiva, pero de tal modo, que la cadena es el amor que se ha apoderado del corazón.» *Trahitur animus amore.* ¿Quereis ver un ejemplo? Enseñad, dice el mismo doctor, mostrad á un corderito un ramo verde, y se arrojara sobre él con precipitación; alargad á un niño vuestra mano con frutas, y lo atraeréis. *Trahitur animus amore.*

En verdad, este amor del hombre para con Dios es interesado en sus principios, porque más se ama á Dios por lo que nos da, que por lo que Él es: pero no hay que extrañarlo; la debilidad de nuestra alma, originada del pecado original, hace que nos busquemos á nosotros en todas nuestras obras, en vez de buscar á Dios; la gratitud á los beneficios es la mayor prenda del alma, pero el deseo de su propia felicidad prevalece casi á pesar suyo; mas cuando se ama á Dios por gratitud, ¿no se ha dado

ya un gran paso para unirse á Él por amor puro, de tal modo, que se consagre á Él nuestra alma, no tanto por la gloria que nos promete, cuanto por su belleza y hermosura, correspondiendo al amor que Dios nos profesara sin interés propio, con otro que se le asemeje? Sí, la mayor parte de los Santos han corrido por estas vicisitudes; del amor inicial han entrado en el de gratitud, de éste han pasado al de amistad pura, hasta haberse transformado en cierto modo en el objeto amado, no de otro modo que el hierro arrojado en un gran horno se reviste de todas las propiedades del fuego, habiéndose primero despojado de su frigidez y de su herrumbre.

Tan singular como fuera María en todas sus virtudes y prerogativas, lo fuera también en el amor de su Dios; no entrara éste por grados en su alma; al paso que los demás se elevan hasta el Sér divino por la contemplación de sus obras; al paso que el más santo de los hombres puede decir con el Profeta que su corazón se inclina á cumplir la ley divina, esperando la retribución, María, sin esperar tiempos ni ocasiones, da un vuelo rápido, que empieza en su nada y llega repentinamente hasta el todo, que es Dios; los hombres no pueden obrar así; semejantes á la avecilla gravemente herida por el cazador en una de sus alas y caída en un terreno cenagoso del cual no se levanta sino después de muchos esfuerzos, yacemos nosotros en el fango del pecado original cuando empezamos á existir; nos saca de él la gracia divina, pero de tal modo, que no desaparece del todo nuestra ignorancia y fragilidad; quizás tenemos la desgracia de caer; nos volvemos á levantar, hasta que nos elevamos con la gracia divina sobre este mundo visible, contemplamos de un punto culminante toda su grandeza, y viendo que es nada, lo despreciamos, fijando nuestra atención en algo que sea más grande, en algo que nos satisfaga, en algo que sea esencialmente bello, en Dios, por fin, y lo amamos